

CARCELLER CERVIÑO, MARÍA DEL PILAR: *BELTRÁN DE LA CUEVA, EL ÚLTIMO PRIVADO. MONARQUÍA Y NOBLEZA A FINES DE LA EDAD MEDIA*. MADRID, SÍLEX, 2011. ISBN: 9 788477 374473. Pp. 336

JOSÉ IGNACIO ORTEGA CERVIGÓN

La obra se inserta dentro de la corriente historiográfica de la historia del poder o las relaciones de poder, en un ámbito muy fructífero para la investigación en las últimas décadas como son la monarquía y la nobleza. Las fuentes utilizadas son abundantes y en gran parte inéditas, lo que añade un valor extra al complicado estudio de un personaje histórico al que frecuentemente se sojuzga con más sombras que luces desde una posición ventajista, sin profundizar en la trayectoria política de Beltrán de la Cueva y la adquisición de su amplio bagaje cortesano y patrimonial.

La estructura de la obra, que se extracta en parte de la tesis doctoral de la autora, *Realidad y representación de la nobleza castellana del siglo XV el linaje de la Cueva y la casa ducal de Alburquerque*, defendida en 2006 en la Universidad Complutense de Madrid, presenta una exposición cronológica de los datos biográficos de don Beltrán de la Cueva en el contexto de su ascenso político y social, pautada en cinco capítulos cuya extensión es muy similar, salvo en el último. El contexto político descrito abarca las vicisitudes de los reinados de Enrique IV, en su segunda década de gobierno, y de los Reyes Católicos.

El primer capítulo presenta los diversos orígenes legendarios del linaje de la Cueva, desde su vínculo con Francia y su asentamiento en Úbeda, incluso como partícipe de su conquista, y se caracterizan sus armas como elemento simbólico. Se acepta la procedencia de Molina de Aragón, desde donde el linaje pasó a Úbeda y Baeza. Diego Fernández de la Cueva irrumpe en la escena política en el contexto de banderización propio de algunas ciudades castellanas en las que se dirimía el control del alcázar y de los oficios concejiles, dentro de la pugna entre Enrique IV y Alfonso. El padre de Beltrán realizó incursiones en el adelantamiento de Cazorla, de titularidad del arzobispo de Toledo, y mantuvo algunos conflictos con el maestre de Calatrava, Pedro Girón, mientras el monarca le concedía la fortaleza y el castillo de Cartagena y su hijo Beltrán entraba en el servicio real. El primogénito Juan fue señor de Solera, ganada a los musulmanes, y mantuvo la posición del linaje en Úbeda y el resto del patrimonio.

La situación política y cortesana del reinado de Enrique IV queda excelentemente contextualizada: una nobleza belicosa, las relaciones con los reinos de Navarra y Aragón, los sucesos bélicos en la frontera granadina y el establecimiento de una corte de

los privados, en la que se dan cita Álvaro de Luna como favorito de Juan II, y Juan Pacheco y Miguel Lucas de Iranzo, como predecesores de Beltrán, durante el gobierno de Enrique IV. La autora destaca la “activa participación política y militar de Beltrán”, que realiza un verdadero *cursus honorum* desde su entrada al servicio del rey en 1456 como guarda, el cargo de mayordomo que le permitía intervenir en los asuntos cortesanos —verdadero trampolín político para la nobleza—, el de comendador de Uclés, de la orden de Santiago, siendo aún “un personaje muy desconocido en la corte”, la tenencia de la fortaleza de Carmona. En 1461 alcanza la consolidación de su influencia cortesana al formar parte del Consejo Real y recibe más territorios en Ávila y concesiones vitalicias confiscadas a Juan Pimentel, mujer de Álvaro de Luna, con un gran significado político, como subraya la autora. Se describe el nacimiento de la infanta Juana, sobre el cual se insinúa que los propios cronistas, parciales por sus defensas enconadas de las causas alfonsina o isabelina, propagarían la leyenda sobre su presunta ilegitimidad. Las aspiraciones ambiciosas de la nobleza quedarían colmadas, así, por la propaganda política. En ese contexto, don Beltrán, conde de Ledesma, emparentó con los Mendoza, y juntos apoyaron el bando de Enrique IV y después el de Isabel. En este sentido, debemos recordar cómo los distintos cargos que Beltrán ostentó en su carrera política le reportaron sustantivas rentas.

Uno de los pasajes más relevantes de la biografía del noble fue la concesión del maestrazgo de Santiago, donde la doctora Carceller muestra un hábil manejo y conocimiento de la cronística de Enrique IV, en la que se plasma su ascenso “indigno” o su ambición desproporcionada. La rápida renuncia del cargo a cambio de otras villas y fortalezas sorprende en la argumentación del propio protagonista por “no alcanzar la grandeza que requería”. La autora contrasta y contrapone pasajes, refuta o propone cronologías alternativas a otros historiadores. En ocasiones, la documentación consultada subsana datos contradictorios de otras fuentes habitualmente aceptadas, como el nacimiento del hijo primogénito de Beltrán, al que cedió Ledesma.

En el segundo capítulo se describe la posición de Beltrán como primer duque de Alburquerque, en un contexto político en el que se sucedieron la farsa de Ávila, la batalla de Olmedo y la muerte del infante Alfonso, episodios donde quedan de manifiesto los pactos y confederaciones de los bandos Enriqueño y Alfonsino, con alianzas cambiantes de los linajes nobiliarios. La fidelidad a la figura del monarca Enrique IV durante el conflicto sucesorio se expone como hilo argumental del tercer capítulo. Con un recorrido cronológico de los hechos se acentúa la vinculación de Beltrán al monarca, al pactar con otros nobles como Pacheco y Mendoza —una constante en todo el periodo estudiado por la obra, de igual forma ensalzada— y se llama la atención sobre una cuestión que ha pasado desapercibida para la historiografía especializada: la concesión efímera del cargo de virrey con poderes ilimitados de actuación, recogida en la documentación vaticana. El declive político del duque de Alburquerque se produjo a partir de 1470, al quedar su “protagonismo vedado”. En este contexto destaca la rebelión del alcalde de la fortaleza de Alburquerque, que muestra cómo un asunto de alcance “local” contó con la intervención de los monarcas luso y castellano.

Durante el ascenso de los Reyes Católicos al trono se produjo la consolidación política del linaje De la Cueva, recogida en el cuarto capítulo de la obra. Tras la indecisión inicial, su apoyo al entronamiento isabelino respondió a la confirmación del patrimonio adquirido durante la etapa de Enrique IV. Es destacable cómo determinados documentos muestran una relación entre la nobleza y el rey en términos feudo-vasalláticos de ayuda y protección. Al comienzo de la guerra entre Castilla y Portugal, Beltrán fue acusado de abrazar la causa portuguesa, por lo que hubo de recibir el perdón regio que reafirmaba su posición política y sus posesiones. Entre los últimos pasajes destacados de la trayectoria de Beltrán figuran sus matrimonios con la hija del duque de Alba, su pertenencia al Consejo Real —institución ya reformada, compuesta por letrados y juristas más que por nobles—, su incólume situación tras la revisión de las mercedes nobiliarias de las Cortes de 1480 y la participación en la guerra de Granada, aspectos sobre los que, sin embargo, no hay referencias bibliográficas genéricas para profundizar en ellos.

El capítulo final o epílogo expone la situación del legado de Beltrán de la Cueva, tras su muerte en 1492, con un dominio patrimonial más reducido al poseído en el intervalo entre 1464 y 1468, y la poca relevancia política alcanzada por su primogénito Francisco Fernández de la Cueva. En cambio, sí estuvo relacionado con otros linajes recientemente encumbrados, como los Mendoza o los Velasco. Por último, se menciona cómo Carlos I concedió la grandeza a Beltrán, III duque de Alburquerque, en 1526.

En los distintos capítulos la doctora Carceller ha ido engarzando los datos de la evolución patrimonial del linaje de la Cueva. Las adquisiciones territoriales se exponen de forma cronológica, en los que rebate documentalmente datos y fechas de otros trabajos previos. Las principales localidades que formaron parte del patrimonio señorial del linaje fueron Jimena, Mombeltrán, Huelma, Ledesma, Alburquerque, Cuéllar —la verdadera cabeza del señorío—, La Adrada y Roa, entre otras. En la descripción y enumeración de estos datos económicos, se echa de menos un reflejo cartográfico de la dispersión geográfica de este dominio señorial por el territorio castellano, para calibrar en su justa medida las grandes dimensiones que aquel había alcanzado.

En las conclusiones se recapitulan los cuatro principales aspectos tratados en la obra, planteando reflexiones para futuras investigaciones: la llegada a la corte de Beltrán, las consecuencias políticas y económicas de su ascenso y privanza, su disposición ante la alternativa política de la princesa Isabel y la estabilidad bajo el reinado de los Católicos, y una valoración final de la figura del noble valido en la que rechaza las fuentes y juicios partidistas.

La autora, investigadora especialista en el conocimiento de la nobleza castellana, en un brillante ejercicio de *savoir faire* de la profesión de historiadora, percibe errores en obras genealógicas clásicas, que contrapone a la consulta de las fuentes cronísticas y la documentación custodiada en distintos archivos, manejada con soltura y profusión. Destaca hechos desapercibidos, como la concesión de algunos cargos poco realizados por la historiografía precedente gracias a la consulta de documentación vaticana, y rectifica grafías o lecturas erróneas. Con un estilo ágil y pictórico, se introducen pasajes o transcripciones documentales no muy extensas que describen los acontecimientos y

facilitan la lectura de la obra, que muestra la importancia y los resortes de poder que aún poseía la nobleza cortesana en el devenir de los acontecimientos políticos del reino castellano en el último tercio del siglo XV.